

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CONDE DUQUE, 32, DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles  
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales  
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias  
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

Más pan y más azadones  
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías  
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño  
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID. { Un mes..... 1 pesetas.  
                  { trimestre..... 2,50  
                  { año..... 10

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN PROVINCIAS. { Un trimestre..... 3 pesetas.  
                          { semestre..... 6  
                          { año..... 12

## CRISTO EN EL CALVARIO

...Llegaron por fin al lugar de las ejecuciones. Según la costumbre judía se ofreció a los condenados vino aromatizado, bebida enervante, que por un sentimiento de piedad se daba a los reos para aturdirlos antes del suplicio.

Las damas de Jerusalem llevaban, generalmente ellas mismas, el vino de la última hora a los infortunados que iban camino del suplicio; cuando alguna de ellas no se presentaba, el triste licor se compraba con dinero del tesoro público. Jesús acercó un vaso a sus labios; pero apartándole en el mismo momento rehusó beber. Este triste alivio para los condenados vulgares, no lo necesitaba su excepcional naturaleza. Prefirió dejar la vida con perfecta claridad de espíritu y esperar la muerte que había querido y llamado sin perder la plena conciencia de todo lo que pasase. Entonces se le despojó de sus vestidos y se le ató a la cruz. La cruz se componía de dos maderos puestos en forma de T, y era tan poco elevada que los pies del condenado llegaban al suelo. Alzada la cruz y atado a ella el paciente, se le clavaban las manos; los pies las más de las veces se le clavaban también, pero algunas dejábanse solamente atados con cuerdas, y esto bastaba. Un tajo de madera, especie de entena, se ataba también a la mitad de la cruz para que sirviera de apoyo al condenado. Sin esto, las manos se hubieran rasgado y el cuerpo venido abajo. Otras veces se ponía una tabla horizontal para sostener los pies.

Jesús sufrió todos estos horrores en toda su atrocidad. Una sed ardiente, una de esas torturas de la crucifixión le devoraba. Pidió de beber. Cerca de allí había un vaso con la bebida ordinaria de los soldados romanos, mezcla de vinagre y agua llamada *posca*.

Era obligación de los soldados llevar su *posca* en todas las expediciones; una ejecución era contada entre éstas. Un soldado mojó una esponja en este brebaje, la sujetó en la punta de una caña, y la acercó a los labios de Jesús, que absorbió su contenido. Los dos ladrones estaban ya crucificados, uno a cada lado de él. Los verdugos, a los cuales se concedía de ordinario los vestidos de los ajusticiados (*pamicularia*), echaron suertes sobre los de Jesús al pie mismo de la cruz que guardaban. Según una tradición, Jesús pronunció estas palabras que sintió en su corazón, sino las pronunciaron sus labios: «Padre, perdónalos: ellos no saben lo que hacen.»

Si siguiendo la costumbre romana, se ató en lo alto de la cruz una tablilla, en la cual se leía en tres lenguas, en hebreo, en griego y en latín: EL REY DE LOS JUDÍOS. Había en estas palabras algo de terrible y de injurioso para la nación. Cuantos las leyeron se sintieron injuriados. Los sacerdotes observaron a Pilatos que hubiera sido mejor adoptar una redacción que dijese solamente que Jesús era llamado rey de los judíos; pero Pilatos, cansado é impaciente, rehusó cambiar nada a lo que se había escrito.

Sus discípulos habían huido; Juan, sin embargo, declaró haber presenciado todo, afirmando haber estado de pie, al pie de la cruz. Se puede afirmar con algo más de certeza, que los amigos fieles de Galilea que a Jesús habían seguido a Jerusalem y continuaron sirviéndole, no le abandonaron. María Cleofás, María de Magdala, Juana la mujer de Khouza, Salomé y otras, estaban a corta distancia, no apartando de él los ojos.

Si se ha de creer a Juan, María, madre de Jesús, estuvo también al pie de la cruz, y Jesús, viendo reunidos a su madre y a su discípulo querido, dijo al uno: «He aquí tu madre»; y al otro: «He aquí tu hijo.» Pero no se comprende cómo los sínóticos evangelistas que nombran a las otras mujeres omitieron a aquella cuya presencia no se podía ocultar.

Tal vez la misma entereza de carácter de Jesús omitió el enternecimiento en el momento en que, preocu-

pado únicamente de su obra, no existía más que para la humanidad.

\*\*

Aparte este pequeño grupo de mujeres que de lejos consolaban sus miradas, Jesús no tenía delante de él más que el espectáculo de la bajeza humana ó de la estupidez.

Los que pasaban le insultaban, y escuchaba a su alrededor burlas torpes, y sus gritos de supremo dolor, convertidos en un juego odioso de palabras: «¡Ah! Vedles, decían, el que es llamado Hijo de Dios!... ¡Que su padre si lo ve, venga a librarlo! El ha salvado a los otros, murmuraban aún, y no se puede salvar a sí mismo. Si él es rey de Israel, que descienda de la Cruz y crearemos en él.

—Y bien! decía un tercero, «tú que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate, veamos!» Algunos, según las ideas apocalípticas, creyeron oírle llamar, «Elias, y dijeron: «Veamos si Elias vendrá a libertarle». Según parece, los dos ladrones crucificados a sus lados, le insultaban de esta manera.

El cielo era soñoliento; la tierra, como toda la de los alrededores de Jerusalem, yerma y triste. Un momento, según algunos, desfalleció, una nube le impidió ver la cara de su Padre; tuvo una agonía de desesperación mil veces más acerba que todos los tormentos. El no vio más que la ingratitud de los hombres; y se arrepintió, tal vez, de sufrir por una raza vil y esclava. «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

Pero su instinto divino le sostuvo aún. A medida que la vida se extinguía en su cuerpo, su alma se serenaba y volvía poco a poco a su celeste origen. Otra vez encontró el sentimiento de su misión; viendo en su muerte la salud del mundo, perdió de vista el espectáculo odioso que se desarrollaba a sus pies, y profundamente unido a su Padre, empezó en el mismo suplicio la vida divina de que debía gozar en el corazón de la humanidad, por los siglos de los siglos.

La más bárbara particularidad del suplicio de la Cruz, consistía en que el crucificado podía vivir tres ó cuatro días en tan horrible estado, sobre el instrumento de tortura. La hemorragia de las manos cesaba pronto y jamás era mortal, la verdadera causa de la muerte, consistía en la forzada posición del cuerpo, lo cual provocaba un retroceso horrible en la circulación, terribles dolores en la cabeza y en el corazón, y por fin la rigidez en todos los miembros. Los crucificados de complexión vigorosa, acababan por morir de hambre. La idea madre de suplicio tan cruel no era, no, de matar directamente al condenado por medio de lesiones determinadas, sino de exponerle clavado de manos de manera que no se pudiera servir de ellas y dejarle pudrir en el madero. El organismo delicado de Jesús le preservó de tan lenta agonía. Todo induce a creer que la rotura instantánea de un vaso del corazón motivó en él a las tres horas una muerte súbita.

Algunos momentos antes de rendir el alma tenía aún la voz fuerte.

De momento lanza un grito terrible que los unos entendieron que decía:

«¡Oh padre, yo pongo mi espíritu en tus manos!»

Y que los otros, más preocupados del cumplimiento de las profecías, tomaron por estas palabras: «¡Todo ha concluido!» Su cabeza se inclinó sobre el pecho y espiró.

Reposa en tu gloria ¡oh! iniciador sublime. Tu obra está concluida; tu divinidad queda fundada. No temas que se hunda el edificio levantado por tus esfuerzos. De hoy más, fuera de los alcances de la fragilidad, asistirás desde lo alto de la paz divina a las consecuencias infinitas de tus actos.

Por el precio de unas cuantas horas de sufrimiento, que ni siquiera lograron abatir la grandeza de tu alma, has conquistado la más completa inmortalidad. Por millares de años, el mundo te ensalzará en su corazón.

¡Labaro de nuestras contradicciones, serás el signo

alrededor del cual se librará la más tremenda de las batallas. Mil veces más vive, mil veces más amado, después de la muerte, que durante los días de tu peregrinación aquí bajo, tú serás hasta tal punto la piedra angular de la humanidad, que arrancar tu nombre de este mundo será desquiciarle en sus mismos fundamentos. Entre tú y Dios ya no se distinguirá nunca. Vencedor de la muerte, toma posesión de tu reino, a donde te seguirá por la ancha vía que tú has trazado, la adoración de todos los siglos.

ERNESTO RENAN.

## RETORNO A LA RAZÓN

—Una duda tengo, Sancho amigo, y puede que con tu buen juicio puedas sacarme de ella, y en ello me harás gran merced, y yo habré de agradecértela y Dios de premiártela.

—Corto es mi entendimiento si buena mi voluntad, que por servir a vuesa merced puse en tortura mis carnes y diera mi sangre. Venga la duda.

—Dime, Sancho, ¿los Estados Unidos son nuestros amigos ó nuestros enemigos?

—Eso no me lo pregunte a mi vuesa merced. Antonio y Morlesin tienen la iglesia conservadora, que le sabrán responder a vuesa merced si les diere gana.

—Pienso, Sancho, que no saben ellos jota del caso.

—¿Y quiere vuesa merced que yo, romo que me soy de majín, rústico de cabeza, responda? Además que yo creo que importa poco que sean ó dejen de ser amigos los yankees.

—Poco entiendes de achaques de política con haber sido, como fuiste, un tan celebrado gobernador superior como Nido. ¿No ha de importar, hombre de Dios? Porque cuando bien se mire, siempre importa tener amigos y no tener enemigos; pero si se trata de un pueblo republicano, progresista y civilizado, mejor que sea amigo nuestro que no enemigo.

—Razón tiene vuesa merced.

—Inclinome a pensar que antes fueron, y son amigos que enemigos, los yankees.

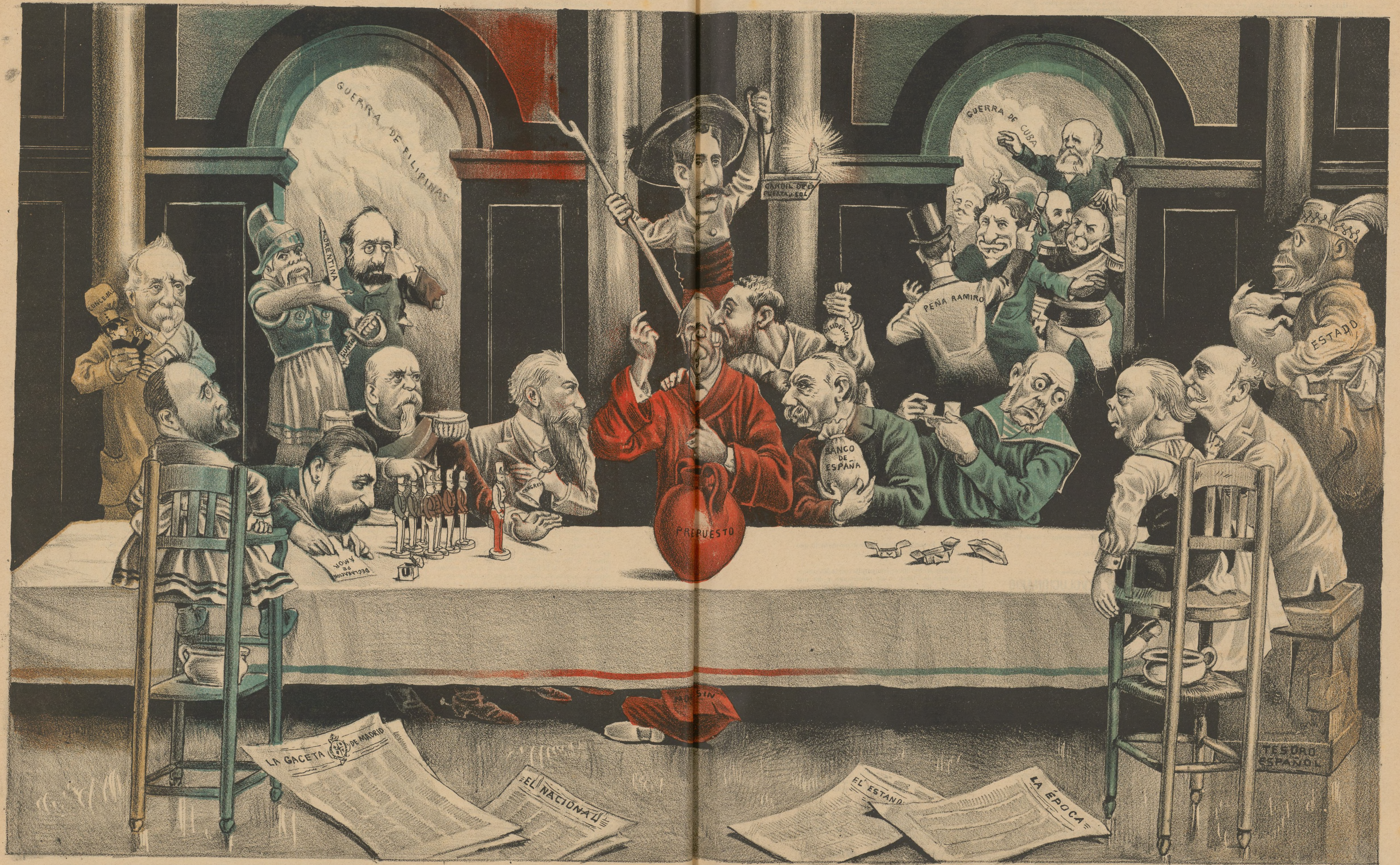
—¿Y en qué se funda vuesa merced?

—¿En qué me fundo? Primero, en los disparatados infundios de la prensa patriótica, que del patriotismo bullanguero hizo siempre industria; mejor dicho, mercachiflería y lucro; después apoyo mi creencia en la lectura de muchos libros y revistas yankees, de las cuales aquí ha habido buen cuidado de no decir palabra... Y, por fin, así en el discurso de Cleveland como en los manifestos de Mac-Kinley...

—¿Y a dónde va a parar vuesa merced con esto de que sean ó no sean amigos los tucineros?

—¡Ah! me lo preguntas, Sancho... Voy a parar a que deseos siento de embrazar mi lanza y desenvainar la espada, y hacer escarmiento y destruir a los pillos vividores y a los necios, que aquéllos adulan las pasiones, enturbian los juicios, tratan a este pueblo como a un pueblo de idiotas. ¿Hay nada más provechoso para esa tropa de ignorantes, para esa muchedumbre de buscones, para esa turba multa de cortesanos, brigadieres, lacayos, clériguillos, gaudules..., que atizar el odio de dos pueblos, y más cuando uno puede ofrecerse ante las viejas monarquías de Europa como pueblo feliz y rico, por virtud de sus leyes democráticas y sus instituciones republicanas? De aquí, de estos odios sacan los hábiles un gran partido, y así afirman sus tramas y aseguran sus villanas especulaciones. Pero ¡juérolas que ha de durarles poco, porque muy en breve he de disparar contra ellos terribles armas... Yo haré constar que si ha habido egoísmo y hasta malevolencia por parte de ciertos Estados de la Unión... Miles de publicaciones han protestado contra esto... No los papeles asalariados, sino periódicos independientes; haré ver que un pueblo libre y cristiano...

# DON QUIJOTE



LA CENA DE DON ANTONIO  
Ayuntamiento de Madrid

—Hará ver vuesa merced... hará ver lo que se le antojare... Y ¿qué provecho sacaremos de ello?

—¡Ah! Sancho bobo, Sancho infeliz... Te parece que no debe este pueblo de prevenirse contra los que le engañan y que pueden engañarle... ¿No crees que del fanatismo exaltado pueden sobrevenir grandes males...? No digo yo que nos amen los yankees, no digo siquiera que aboguen por la paz más que por espíritu de justicia, por propio interés... ¿Pero no se nos ha estado engañando en este asunto...? Los politiquillos ¿no revuelven siempre el tema de los odios para lanzar al país a peligrosas aventuras?

Y, sobre todo, Sancho, ¿sabemos verdaderamente qué es lo que ocurre en nuestros negocios? ¿Están pacificadas verdaderamente las colonias Cuba y Filipinas?

—Cuba, casi, casi.

—¿Qué proyectos de política colonial...?

—No me pregunte vuesa merced, que me duele la cabeza... Déjelo vuesa merced al Gobierno, y a los periódicos, y a los políticos.

—Así anda ello, Sancho; así anda ello... De nada nos cuidamos y luego nos engañan... Ve lo que dice un periódico norteamericano:

—«Grave ofensa a la moral es la mentira de los periódicos, y peligrosa, sobre todo, para pueblos no acostumbrados a la vida de la libertad... ¿Qué hubiéramos pensado si hubiésemos dado crédito a los *jinjoistas* del Senado y a los papeles bullangueros? Lo que han pensado y piensan los españoles... En la posibilidad de una guerra.»

## LEVÁNTATE Y ANDA!

Tu voz melodiosa  
con dulces palabras,  
al cadáver de Lázaro dijo:  
—¡Levántate y anda!  
Cedió la materia,  
rehízose el alma,  
y la forma de Lázaro vivo  
surgió de la zanja.  
Los genios cristianos  
tu epopeya en versículos cantan,  
y a través de los siglos, nosotros  
la leyenda guardamos intacta.  
Momento sublime,  
grandiosa parábola  
que sostiene del rito la hermosa  
liturgia sagrada;  
los hombres no olvidan  
tu voz sacrosanta,  
que al cadáver de Lázaro dijo:  
—¡Levántate y anda!

Los brazos abiertos,  
sangrienta la cara,  
en la cumbre del Gólgota santo  
rindióse tu cuerpo, flotando tu alma.  
Temblaron los ejes  
que a la tierra sus giros le marcan,  
callaron los himnos  
y natura orgullosa levanta;  
reinó un gran silencio,  
y aquella mañana,  
cuando el sol con tristeza profunda  
su disco ocultaba,  
limitando la luz de sus rayos  
y cubriendo con nubes su cara,  
cuando al pie del sepulcro, afligida  
tu madre lloraba,  
no hubo nadie que entonces dijese:  
—¡Levántate y anda!

Cadáver tu cuerpo,  
cadáver tu alma,  
muerta en luchas pequeñas de viles  
pasiones humanas,  
tú también, ¡oh Jesús!, necesitas  
la voz que te diga: —¡Levántate y anda!  
Te llama el obrero,  
que en el rudo fragón de la fábrica  
va dejando ilusiones hermosas,  
va dejando un sin fin de esperanzas  
allá en cada giro  
del volante que mueve la máquina.  
Te llama el artista  
que a los cielos eleva su alma,  
siempre esclavo de ideas sublimes  
que a veces al hombre le asustan y espantan.  
Te llama el mendigo,  
el que cruza por calles y plazas,  
recibiendo en su rostro el azote  
del aire, la lluvia, la nieve y la escarcha.  
Te llama el que sufre  
las penas amargas  
de verse en el mundo  
sin familia, sin luz y sin casa...  
Conjunto de voces  
con mezcla de lágrimas  
hacia tí se dirigen gritando:  
—¡Levántate y anda!

FÉLIX LIMENDOUX.

## QUISICOSAS

—Cuentan que van a subir  
los consumos, y le digo  
que si los suben, amigo,  
nos vamos a consumir.  
—Maestro de escuela soy  
y no me debe importar,  
puesto que no puedo estar  
más consumido que estoy.  
Yo puntas de puro fumo  
y mucha saliva trago,  
y aunque consumos no pago,  
de no cobrar me consumo.

\*\*\*

Fué a una posada a parar  
un gitano muy ladino,  
y allí le compró un pollino  
al alcalde de un lugar.  
Le compró casi de balde,  
y al irse exclamó el gitano:  
—¡No es nada lo que me gano  
con el burro del alcalde!

VICENTE RUBIO.

## LA MUERTE DE DON ANTONIO

(DEL NUEVO TESTAMENTO... OLÓGRAFO)

1. Y un centurión que respondía por el nombre de Silvela, le cogió por un brazo y le detuvo.
2. Y le llevó a casa del príncipe de los sacerdotes, a séase a casa de Martínez Campos.
3. Y Morlesin marchaba detrás de ellos, llorando a lágrima viva.
4. Y he aquí que el sumo sacerdote le interrogó de esta manera:
5. ¿Y eres tú el que trata de pacificar a Cuba con un proyecto de reformas?
6. Y D. Antonio, siempre soberbio, contestó:
7. ¡Sí! ¡Yo soy!
8. A lo que respondió Martínez Campos:
9. ¡Pues estás aviado!
10. Y de allí le llevaron a casa del *viejo pastor*, conocido también por el nombre del *gran calamar*.
11. Y D. Antonio, al verse enfrente de aquel sujeto, murmuró:
12. ¡Perdido soy!
13. Y el *viejo pastor* abrió la boca y dijo:
14. Este hombre es un farsante que trata de engañar al país, y debéis de quitarle el poder y llamarme a mí para que le sustituya.
15. Y no habló más, pero se rascó la barba.
16. Y de casa del *gran calamar* fué llevado a casa del Pilatos de aquella época, llamado D. Emilio.
17. Y éste, al verle, dijo:  
*Oírme:*
18. Yo me lavo las manos, porque no quiero asumir responsabilidades de ninguna especie.
19. Y entonces el centurión Silvela lo arrastró hasta la calle y comenzó a gritar:
20. ¡Que lo destituyan! ¡Que lo destituyan!
21. Y el pueblo gritaba también como un solo Silvela.
22. Y detrás de D. Antonio marchaban algunos conservadores llorando, y entre ellos Lastres.
23. Y llegaron a la Presidencia del Consejo.
24. Y una vez allí se detuvo la comitiva, y el centurión Silvela sacó la *florentina*.
25. Y D. Antonio dijo:
26. La hora de morir es llegada, la Historia me juzgará.
27. Y pidió agua para apagar su sed y la sirvieron un plato del *octavo bacalao* de Angel Muro.
28. Y entonces D. Antonio dió una gran voz y dijo:
29. ¿Qué he hecho yo para que así me maltratéis?
30. Y el pueblo, mientras tanto, gritaba:
31. Si eres tan gran estadista, ¿cómo todavía no has logrado pacificar la isla de Cuba?
32. A lo que respondió D. Antonio:
33. Que conteste por mí Weyler.
34. Y entonces se cubrió toda la tierra de fúfufas.
35. Y la *gran farola* de la Puerta del Sol apenas si alumbraba.
36. Y D. Antonio tiró la cartera al suelo y dijo:
37. ¡Muerto soy!
38. Y no ocurrió nada más.
39. Y no fué poco.

## CRISTO REVOLUCIONARIO

O los evangelistas no hablaron claro, o es verdad que los hombres tienen oídos y no oyen, ojos y no ven. ¿Con quién está Cristo? ¿Está con ellos o con nosotros? ¿Quién cumple su ley?

Ellos no; todo está como estaba, y el sacrificio de Cristo, por su culpa ha sido inútil.

No le han entendido.

Su Cristo es el hijo de Dios que sufre paciente las miserias de los hombres y el beso de Judas; el que jamás se subleva, y resignado ofrece al bofetón, una después de otra, sus dos mejillas; el Cristo que llega hasta el Calvario con la cruz a cuestas, y allí, coronado de espinas, bebiendo hiel y vinagre para calmar su sed, perdona a sus enemigos, que le escarnecen.

Este no es ni puede ser nuestro Cristo.

Nos enamora más el puño que amenaza que la mano que bendice.

\*\*\*

«Habiendo entrado Jesús en el templo de Dios, echó fuera de él a todos los que vendían allí y compraban; y derribó las mesas de los cambiantes, y las sillas de los que vendían palomas. Y les dijo: Escrito está: Mi casa será llamada casa de oración; mas vosotros la tenéis hecha una cueva de ladrones.

(San Mateo, cap. XXI, ver. 12 y 13).

»No tenéis que pensar que yo haya venido a traer la paz a la tierra, no he venido a traer la paz, sino una espada.

(San Mateo, cap. X, ver. 34).

Este es nuestro Cristo; el hombre fuerte que impone el bien, no con el ramo de oliva, sino con la espada de la justicia; el hombre que se descíñe las correas que sujetan sus hábitos, y con ellas azota el rostro de los ladrones que manchan el templo; el Cristo revolucionario que dice: «Quien no está conmigo está contra mí».

\*\*\*

Si hay que perdonar al enemigo, olvidar las injurias, sufrir con resignación la tiranía y soportar los males sin protesta; si debemos imitar a Job, que en el muladar bendecía al autor de sus desdichas, al mismo tiempo que se rascaba la roña con una teja, entonces volvamos los ojos al Cristo del Calvario, y huyamos al desierto con los anacoretas y a las celdas de los conventos con los frailes; pero si la vida es algo más que un sacrificio estéril, empuñemos las correas y derribando las mesas de los cambiantes y las sillas de los que venden palomas, arrojemlos a los que hacen del templo una cueva de ladrones.

Los mercaderes estaban en el templo no debiendo estar. Si no los echan, ¿se hubieran ido?

Murió Jesús, y los mercaderes volvieron a los templos y los llenaron. Hoy no caben en ellos y lo han invadido todo.

¿Qué hacer, si no se marchan con predicaciones?

Arrojarles con el látigo.

RICARDO FUENTE.

## LANZADAS (1)

Y al dar la hora *nona* se sintió un gran temblor de tierra y el velo del templo se rasgó en dos partes y dejó ver al desnudo a la pobrecita España.

Y hasta el propio D. Antonio, desencajado y tembloroso, corría de un lado para otro, seguido de su fiel Morlesin, presa de horrible espanto ante el espectáculo de aquellas desdichas.

Allí se veía a Morgan, a Camerón, a Hitt y demás «amigos leales» entretenidos en la piadosa tarea de clavar sobre la cabeza de España una gran corona de espinas, en la que se leía: «Reclamaciones».

Y a la vera de ellos, Tetuán, el gran Tetuán—cual nuevo Pilatos—se lavaba las manos con rico jabón Mora, regalo de D. Segismundo.

Y de aquella comparsa de cerdos salían gruñidos de «¡Crucificala!» «¡Crucificala!» «¡Viva Máximo Gómez!»

Y Navarroyerter, al frente de los nuevos mercaderes del Templo—léase patriotas al 6 1/2—pedía sin cesar empréstitos y más empréstitos, insaciable siempre.

Y España se dejaba arruinar, sin atreverse a protestar siquiera.

Y el general Beranger, mostrándole las naves de todas las iglesias, convencia a Novo y Colson del poder de nuestra escuadra.

Y para hacer eterno su nombre en los fastos de la Marina, ordenaba de paso que dichas naves se acorazasen con planchas de níquel.

Y el pobre Linares Rivas, con acento gallego, repetía sollozando:

«Perdonadme, perdonadme... porque he amado mucho.»

Y Castellano, como si tal cosa, seguía colocando parientes y parientes y aguantando a Osma.

Y Cos-Gayón, próximo a perder su Lema, dormía pacientemente, mientras Vadillo vigilaba a los carlistas y les ayudaba en las elecciones municipales.

Y Pidal y Romero se disputaban a navajazo limpio la presidencia del Congreso.

Y Castelar en Sevilla se comparaba con la Macarena, y quería salir de Virgen en las procesiones y dar una conferencia a los *touristas* en el café «Burrero».

Y el hambre seguía campando por sus respetos en Andalucía.

Y en Cataluña los obreros no tenían trabajo.

Y el Gobierno, para remediar tanta desdicha, preparaba a todo vapor un empréstito forzoso.

Y los fariseos, con D. Práxedes al frente, estaban atónitos, oyendo sin cesar: «Todos en ella pusisteis vuestras manos.»

Y Azcárraga rezaba «la corona dolorosa» y seguía siendo un buen organizador... con ayuda de vecino.

Y Tejada de Valdosa preparaba el arreglo parroquial de Coria para dar «salida» a todos los curas conservadores.

Y D. Carlos se trasladaba de Venecia a Belén para conocer personalmente al «Niño de Dios» y ver si era más guapo que Mella.

Y Silvela, abrazando a Villaverde, lloraba con lágrimas de sangre su eterno ayuno, y ordenaba a Rodríguez San Pedro que negase por tres veces la santa moralidad de la *daga florentina*.

Y la Sra. Pardo Bazán, al pie de la cruz, tronaba contra Víctor Hugo y contra Moret por no haber permitida que la fotografiasen en su cátedra del Ateneo rodeado de sus discípulas *superiores*.

¡Y digan ustedes si les parecen pocas tinieblas!

(1) Propias de Semana Santa.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.